

AL VUELO.



CAPITULO I.

TRIESTE.

La vista mas hermosa de Trieste, incontestablemente, es la que se descubre desde el obelisco de Optechina. El viajero camina por algunas horas a través de los pedruscos y desiertos terrenos de los Karstes, adonde parece estar estacionada una pesada maldicion; las rocas forman unas figuras

pardas, que á la imaginacion aparecen ruinas de casas y de aldeas; arbustos secos tienden sus ramas, y ninguna señal de vida alegre la vista del viajero. Una atmósfera de duda y de misterio se esparce sobre los Karstes, hasta que al fin, despues de un largo viaje, el fatigado viajero se aviva con la vista del obelisco, fijo allí como una imágen de esperanza. Aunque es toda el valle de lágrimas, sin embargo es noble, brillante y vigoroso; al postillon se le acelera con impaciencia, el último y corto ascenso al obelisco se completa con prontitud, y despues el cuadro de lo infinito yace tendido á los piés del viajero encantado, cuyo placer es mayor, por el contraste que forma el mar muerto de piedras debajo de ellos.

Mas allá resplandece el animado mar, adonde las ondulantes velas brillan como cisnes en el agua, y las fructíferas playas en forma de terrados adornados con hermosas quintas, lo rodean en semicírculo. A la extremidad de todo, se deja ver la bulliciosa ciudad con sus caminos esparciéndose como un mapa, llenos de vida y movimiento.

La perspectiva de Optschina es ciertamente una de las mas hermosas del mundo. Un camino excelente con una ligera tortuosidad, conduce abajo de la montaña; entre viñas y quintas de campo y se percibe con una alegría que aumen-

ta mas y mas; rápidas vistas del hermoso mar, un presentimiento del Sur. Siente uno que es Italia! La ciudad de por sí es nueva, y tiene el aspecto de una ciudad comercial. Los edificios son grandes, macizos, y asiados, pero la arquitectura es pobre. Las calles son de una uniformidad cansada, y tan pareciadas las unas á las otras que no tienen interes.

Bajo el punto de vista histórico ofrecen poco de notable; solo en los alrededores de la catedral, la que está erigida en una eminencia, se encuentran algunas antigüedades romanas y cristianas, pero estas no son de menor importancia.

Naturalmente todo extranjero en Trieste, procura vivir en el muelle por consiguiente nos fuimos al Hotel Nacional, que tiene vista al mar y es una de las mejores casas de hospedaje que conozco. Como ya habíamos visitado á Trieste ántes, no nos molestamos con las llamadas curiosidades, pero teníamos deseos de estudiar la vida durante nuestra corta permanencia, y hallamos lo bastante para interesarnos, Despues de un excelente "lunch" de pescado fresco del mar, nos condujeron á un almacén chino ricamente abastecido y de cuyas bodegas el buque "Wellington", debía ser cargado.

A bordo de este buque habia muchos marineros

chinos é indios; debía salir del puerto al siguiente dia y regresar á Lóndres; nos embarcamos en un bote y fuimos á bordo á verlos.

Despues de habernos hecho comprender lo mejor que pudimos con los marineros ingleses, nos subimos por una escala real hasta la proa, y nos figuramos estar entre una coleccion de pinturas "Vieuxlao," tan enteramente estábamos transplantados en el mundo chino.

Nos hallábamos rodeados por hombres mal formados, de mediana estatura, de amarillenta y pálida tez, los huesos de la cara muy salidos, las narices redondas, los ojos sesgados y unas trenzas negras de algunos piés de largo y que pendian del centro de sus rapadas cabezas; sus vestidos consistian en un saco de un especie de género "Spencer," y unos anchos calzones del mismo descolorido material. Unos cuantos llevaban un especie de quitasol hecho de cañas; el cuello y los piés los tenían desnudos; eran marineros. Parecian rústicos pero de buena índole; sus fisonomías hubieran sido tristes y graves, si sus negros y perspicaces ojos no hubieran brillado en ellas.

Esta gente era entre sí amable aunque maliciosa, y no parecian tener el más mínimo embarazo. A cierta distancia estaban varios individuos pequeñitos, de aspecto tímido, enjutos y

débiles, de fisonomías oscuras, lastrosas y abri-
llantadas, pero de facciones mas nobles, que re-
velaban sin embargo, desconfianza, con el cabello
negro y los ojos centellantes. Con excepcion de
sus cabezas cubiertas con turbantes, estaban ves-
tidos lo mismo que los chinos; su expresion era
fanática y triste, sus maneras urañas y sérias.
Esta era la tripulacion india, mas tres ó cuatro
europeos, y estaba completa. Un capitán inglés
mandaba.

El modo inculto y las desateaciones de los in-
dios formaban un contraste grande con la amabi-
lidad y buena voluntad de los chinos. Al princi-
pio parecia que el capitán no queria ocuparse de
nosotros; pero despues de un rato daba alguna
respuesta de vez en cuando á nuestros observacio-
nes.

Inspeccionamos las partes interesantes del bu-
que y observamos á los chinos é indios en sus
variadas posturas. Algunos estaban sentados
con las piernas cruzadas, otros se hallaban ten-
didos á pierna suelta, otros estaban agrupados
al rededor del fuego de las galeras, en una masa
confusa encendiendo sus ciertas pipas en el res-
cólido.

Es preciso decir que los chinos son fieles á la

naturaleza en las representaciones que de sí mis-
mos nos dan; cada una de sus posturas y faccione-
ya nos eran conocidas por las colgaduras y biom-
bos que adornan nuestros "boudoirs" europeos.
Casi nos podiamos imaginar que cargaban pagó-
das sobre sus cabezas inmóviles, al ver sus ate-
nuados miembros, y sus largas y magestuosas
trenzas. A estos últimos apéndices, aunque pro-
hibidos por los europeos, los adoradores de Con-
fucio parecen darles gran valor. Tan largas son
estas trenzas que durante el trabajo se las enros-
can alrededor del pescozo y del cuerpo. Las
edades de estas gentes aparecian ser entre treinta
y cuarenta; su sistema muscular era suma-
mente fuerte y tosco, é inclinándose á la obesidad.

Uno de entre ellos, que se habia mostrado en
extremo amable, y que frecuentemente se habia
sonreido de un modo cariñoso y directamente con
nosotros, hablaba un mal inglés. Le pregunta-
mos que si no tenia algo que vender de los pro-
ductos de su país, y luego nos trajo un rollo de
palitos que, segun nos dió á entender por señas,
se quemaban durante el rezo. Cuando los pren-
dimos en casa ardieron por largo tiempo y tenian
un aroma muy agradable.

Entre los indios, dos especialmente nos intere-
saron;—un anciano con una hermosa y blanca bar-

ba, nariz prominente, lábios gruesos y unos ojos medio cerrados y soñolientos. Tenia amarrado un turbante blanco alrededor de su pequeña cabeza que servia de buen contraste á su oscura tez. Su fisonomía me trajo á la memoria un camello cargado y soñoliento.

El segundo de estos era un hombre más joven, pequeño y oscuro, de una contextura flexible; su brillante y rizado cabello, tenia un color negro; sus facciones eran nobles y hermosas; su tez brillante, y en sus negros ojos centellaba un fuego melancólico. Su expresion á veces repugnaba á veces atraía, tal cual se ve en los jitanos, húngaros y judios. A nuestra salida repartimos entre los Asiáticos algunas monedas de plata, lo que al parecer produjo muy buena impresion, pues al desprendernos del costado del buque los amables chinos sacaron la cabeza fuera de las ventanillas y nos saludaron de la manera más cordial.

Algunos dias despues de esto, tuve el placer en un hermoso dia de nadar por vez primera en el mar. Aquel que ha luchado para tenerse á flote en agua estancada y que se ha esforzado como un travieso perro, se siente encantado sostenido por el salado mar como un cisne en las azuladas aguas. El sol, tambien brilla tan deliciosa-mente en la magnífica bahía, que es un placer el

bañarse en estas aguas. Despues de salir del baño sintiéndonos fortalecidos, pescamos por algun tiempo en el abundante mar, y sacamos ostiones los que inmediatamente devoramos. En seguida nos entregamos á una ocupacion no tan agradable como la última, pero sin embargo muy digna de notarse.

Un busec debía descender á las profundidades del mar ante nuestra vista. Era un momento terrible, y haber sabido más ántes como se verificaba esto, nunca hubiéramos deseado presenciarlo. Subimos al buque donde se hallaba el pobre busec,—el único entre 8,000 hombres que tenia el valor de seguir este oficio.

Ya estaba sentado en un banco, vestido con un traje de goma elástica, tenia un casco de fierro pesado é impermeable sobre los hombros, el que atornillaron sobre la orilla de su vestido de fierro. En este casco que le cubria la cabeza habia dos agujeros con sus vidrios para los ojos, tras de cuya hendedura estaba fijado un tubo de goma, con el objeto de conducir el aire, por medio de una bomba. El traje en sí es espantoso; está todo tan apretado y tan atornillado, que da la idea de sofocacion.

Una vez todo dispuesto, echaron una pesada an-

ela á las profundas aguas, á la que debia el buso amarrar un cable al llegar al fondo. Ciertamente era esto mas prosáico que si hubiera sacado las "Copas de oro" del Oceano, sin embargo no era menos el peligro. El hermoso jóven de Schiller se vió obligado á arrojar la capa y el cinto; mas á éste pobre jóven grandes pesos le eran colgados para mantenerlo abajo del agua, y sin que los brillantes ojos de una divina princesa le inspirasen; descendió por una escala real, y desapareció en las aguas. Solo los círculos que en el mar se ancha ban mas y mas, mostraban el lugar donde se habia sumergido.

Por muchísimo tiempo no dió señal alguna! Para nosotros fué un tiempo doloroso y terrible, habiéndose apoderado de nosotros la idea que este pobre hombre podia ser un sacrificio á nuestra curiosidad. A no haberme sentido avergonzado delante de aquellas personas que estaban acortumbradas á ver este espectáculo, les hubiera suplicado que hubieran hecho volver á este hombre de su peligrosa empresa. Cuando nuestra ansiedad hubo llegado á su colmo, por fin dió señales de haber terminado su tarea. Las máquinas fueron puestas en movimiento y subieron otra vez al cargado héroe,—y muy pronto le desembaraza-

ron de su pesado traje. Estaba bastante fatigado y exhausto.

Nos confesó que cada vez le causaba una lucha el entregarse al mar, especialmente la primera ocasion, el ímpetu de la corriente del aire en el casco de metal, le habia sido terrible. En una ocasion, se enfermó en el fondo del mar, pero pudo mediante una señal, el dar á conocer su estado; sin embargo siempre está espuesto á muchos peligros, el calor puede causarle apoplejía. Si la bomba se trabaja con demasiada violencia, y se deja entrar demasiado aire, le sofocan. Lo mismo sucede si se le mete el agua por el casco. Los que dirigian esto, me confesaron que ninguno de ellos correría el riesgo. Desde luego se los creí, y me admiraba mas que nunca del valor del buso.

Este es uno de los marinos imperiales, y se llama "Nichola Rendick", tenia facciones nobles, pero enfermizas y tristes, y es de un cuerpo hermoso aunque delgado.

La aparicion en el mar de una "Fata Morgana" espectáculo que de mucho tiempo atras habia deseado, tocó á mi ventura presenciarlo una mañana en Trieste; aunque no es fenómeno muy frecuente en este puerto. Despues del almuerzo habiamos salido al balcon desde donde gozamos de la vista que teniamos delante. Al mirar há-

cia el horizonte me imaginaba ver un segundo cuerpo de agua; del otro lado habia buques velos flotantes, pero volteados al reves, y playas que no se veian ántes, parecian extenderse ante nuestros ojos — era la vista mágica de un mar doble en cuya division se hallaban representados los más variados obj etos.

La más hermosa luz del sol bañaba la escena que duró lo suficiente, para que la contemplásemos despacio. Al fin, el cuadro se desvaneció como un hermoso sueño en el azulado éter. Solo permanecimos en Trieste medio dia más, y despues en una mañana deliciosa surcamos las aguas del Adriático á bordo del magnífico vapor «Vulcano» navegando hácia las costas de la hermosa Grecia.

Mis sentimientos al desvanecerse de nuestra vista la bahía, eran los de un conquistador, pues en ese momento mi mas ardiente deseo se cumplia. Teniamos mil planes y esperanzas en la mente, de suerte que esta separacion fué una de las mas alegres que he experimentado.



CAPITULO II.]

EL PRIMER DIA EN TIERRA GRIEGA.

Septiembre 8 de 1856.

Cosa de las cinco de la mañana, subí á la popa y casi me sentí anonadado con la magnífica perspectiva que ante mi vista se presentó.

En sonrosados contornos se extendia el golfo de Patras tal cual se vé en el crepúsculo matutino. Las montañas del Peloponésico y las peñascosas cumbres de Rumelia brillaban con el reflejo de los nacientes rayos del sol, una semi-oscureidad misteriosa cubria las playas del tranquilo verde-azul mar. Hácia el poniente el abovedado cielo